

Annuario Sancti Iacobi, 12 (2026), pp. 171-173.
e-ISSN: 3101-5816

D. José María Díaz, una figura cercana y amable

MR. JOSÉ MARÍA DÍAZ, A FRIENDLY AND APPROACHABLE FIGURE

CONCHA CIRUJANO GUTIÉRREZ
Conservadora-Restauradora

Recibido: 18/11/2025

Al empezar a escribir estas líneas me doy cuenta de lo difícil que es no caer en sensiblerías cuando quiero recordar a Don José María Díaz, una persona a la que respeté mucho y a la que tengo que agradecer su apoyo incondicional en unos momentos que, sin duda, fueron muy complicados para ambos. Pero debo intentarlo porque sería una desagradecida si no hiciera el esfuerzo por hilar unas frases en las que plasmar algunas de las experiencias que compartí con él.

Nuestro primer encuentro fue en A Coruña, en la sede de la Fundación Barrié. Yo había viajado hasta allí para tener una reunión con los responsables del Cabildo y con Marta Rey, la entonces directora de la fundación, para poner en marcha un proyecto muy ambicioso de estudio e intervención en el Pórtico de la

Gloria y en la Capilla Mayor de la Catedral de Santiago. Un proyecto para el que había sido designada directora técnica por el Ministerio de Cultura. Ya en esa primera ocasión me impresionó la actitud de Don José María, una actitud de escucha, pero también de exigencia. Me di cuenta de que, si bien no confiaba en cualquiera, cuando había decidido ponerse en manos de alguien lo hacía sin fisuras. Al menos esa fue siempre mi percepción de nuestra relación profesional, corroborada por los hechos, desde el primer hasta el último día de mi presencia en la Catedral.

Fueron casi tres años en los que, prácticamente todas las semanas, me desplazaba de Madrid a Santiago para acometer el trabajo que me habían encomendado y en muchas ocasiones me quedaba hasta bastante tarde en la catedral. Uno de esos días, en las primeras semanas de mi estancia, nos encontramos ya entrada la noche en la puerta de Platerías y fuimos dando un paseo hasta su residencia en Virxe da Cerca, próxima al hotel en el que yo me alojaba. Me preguntó si echaba de menos a mi familia, si me sentía sola, si tenía amigos en Santiago, donde comía, donde cenaba... Me comentó que le preocupaba que estuviera bien atendida y que me encontrara a gusto porque era evidente que me esperaba un larguísimo camino y un trabajo arduo que podría estar lleno de dificultades. Esto lo iba diciendo cuando íbamos atravesando el arco de Mazarelos. De repente, se giró y me pidió que le acompañara. En una esquina de la plaza había un restaurante, ahora convertido en café, y allí me llevó. Ya dentro, me presentó a un señor al que rogó encarecidamente que me tratara como a alguien de la familia si yo decidía ir allí a comer o a cenar. Fue un detalle muy entrañable que nunca olvidaré.

Muchas fueron las reuniones en las que los miembros del equipo técnico debatíamos aspectos relacionados con el proyecto, él nos escuchaba sin inmiscuirse ni en los debates ni en las decisiones que se iban tomando. Jamás dudó en apoyarnos, firmó todas y cada una de las solicitudes que se cursaban a la Consellería de Cultura de la Xunta de Galicia que debía aprobar cada uno de los pasos que íbamos dando. Cuando por problemas técnicos se planteó la conveniencia de parar el estudio e intervención en la Capilla Mayor, escuchó los argumentos técnicos y secundó la decisión sin dudarlo, a pesar de que ello suponía aplazar un proyecto que él deseaba que se hiciera realidad cuanto antes.

Conversé con él sobre muchos temas, en la Catedral o tomando un café en La Quintana. En todas las ocasiones se podía percibir el amor que sentía por la Catedral, su deseo de conservar ese magnífico bien cultural, del que se consideraba uno de los responsables, y el agradecimiento que sentía por todos aquellos que estábamos tratando de sacar los proyectos adelante, a pesar de las dificultades que nos íbamos encontrando. Quizás porque él era el primero en sentir la presión mediática y los obstáculos administrativos que teníamos que

sortear a diario, siempre demostró un gran aprecio y respeto por todos los miembros del equipo. A veces subía al andamio no solo para poder disfrutar de cerca de esa maravilla que es el conjunto escultórico del Pórtico de la Gloria, sino también para que yo le explicara los problemas que íbamos detectando y el porqué de nuestras propuestas. En esas visitas nos hablaba del significado religioso del Pórtico o nos señalaba detalles que no dejaban de sorprenderle. Creo que esas ocasiones despertaban en nosotros más conciencia si cabe de dónde estábamos y de nuestra pequeñez frente a esa magnífica obra.

Su compromiso con la conservación de la Catedral lo demostró sobradamente, nunca se amilanó ante todos los obstáculos que según sus propias palabras iban “entorpeciendo penosamente” la marcha de los trabajos y, si bien se indignaba porque ello se produjera por intereses ajenos a la conservación del Pórtico de la Gloria, nunca dejó de luchar para conseguir que el proyecto siguiera adelante.

No fueron unos años fáciles. Todos los que estábamos implicados en esa tarea pasamos por malos momentos, desesperanza, incredulidad e incluso, en algunas ocasiones, indignación al no poder comprender la lentitud de los procesos administrativos. Nunca podré olvidar dos artículos de opinión que publicó en El Correo Gallego, donde colaboraba habitualmente. En el primero de ellos planteaba de manera muy elegante lo absurdo de la situación que estábamos viviendo y no sin ironía insinuaba la línea por la que se conseguiría el desbloqueo a que nos tenía sometidos la administración. En el segundo, se felicitaba porque por fin se hubiese superado la paralización que había durado largos meses y se deshacía en elogios hacia mí, no solo como profesional sino también por lo que él consideraba mis cualidades personales.

Cuando finalmente dejé la dirección, porque entendía que mi presencia dificultaba las relaciones con la administración autonómica, me llamó a su despacho y me regaló una medalla con el propósito de que siempre estuviera protegida.

Mi más sincero agradecimiento y respeto hacia Don José María Díaz, quien me demostró no solo su cariño, sino también su fortaleza y su firme determinación a no dejarse influir por intereses ajenos a los que él tenía claro que debía defender y que no eran otros que aquellos que condujeran hacia una mejor conservación de la Catedral.